

Entre el mercado autorregulado y las ondas largas: una lectura socioeconómica de la crisis

Daniel Albarracín Sánchez
Gabinete Federal de Estudios FECOHT-CCOO

AMONG THE SELF-REGULATING MARKET AND LONG WAVES: A READING OF THE SOCIO-ECONOMIC CRISIS

Resumen

Nos proponemos, primero, dialogar desde el marxismo con la obra de Karl Polanyi y su análisis de la economía de mercado. Segundo, caracterizar la crisis capitalista, desde la perspectiva de su desarrollo histórico, siguiendo el esquema de la teoría de las ondas largas, elaborada en su día por Ernest Mandel, en la que se introduce múltiples factores que ponen en relación necesaria los planos social, político y económico. Con la solidez de estos pilares, incluiremos elementos de crítica a la luz de los fenómenos empíricos comprobados en la crisis que vivimos –financiarización, desacoples, etc....- y de nuevas aportaciones teóricas fundamentales para interpretar su curso.

Palabras clave

Formas de integración social, mercancías ficticias, economía de mercado, ondas largas, financiarización

Abstract

We propose, first, to establish a constructive dialogue based on the work of Karl Polanyi and his analysis of the market economy. Second, we try to characterize the capitalist crisis from the perspective of its historical development, following the outline of the theory of long waves, developed in the past by Ernest Mandel. This model introduces multiple factors that relate social, political and economic dimensions. Based on the strength of these pillars, we will include critical elements in the light of empirical phenomena tested in the crisis which we live nowadays -financialization, emerging countries, ultra-imperialism, etc.- and new fundamental theoretical contributions to analyse its course.

Key Words

Forms of social integration, fictitious commodities, market economy, long waves, financialization

Daniel Albarracín Sánchez
Gabinete Federal de Estudios FECOHT-CCOO,
Plaza de Cristino Martos, 4, 2ª Plta. 28015, Madrid.
E-mail: dalbarra@fecoht.ccoo.es



Entre el mercado autorregulado y las ondas largas: una lectura socioeconómica de la crisis

Daniel Albarracín Sánchez
Gabinete Federal de Estudios FECOHT-CCOO

1. La visión de lo económico de Karl Polanyi

El antropólogo e historiador económico húngaro contribuyó a la ciencia social con un paradigma de interpretación comprometido con la sustancia de las necesidades humanas y un análisis histórico que situaba, como no podía ser de otra forma, lo económico dentro de la sociedad. De este modo se enfrentó directamente contra el formalismo abstracto de la economía convencional que trataba la cuestión de los recursos de manera descontextualizada. Este autor realizó aportaciones compatibles con las perspectivas weberianas, durkheimianas pero también marxistas. Su énfasis diferenciador con este último paradigma, en nuestra opinión, obedece a malentendidos conceptuales. Desde este punto de vista, empleó un esquema muy rico de interpretación de la vida social y económica dando pie a elementos fundamentales para su comprensión, que, a nuestro juicio, se refuerza mutuamente con la aproximación marxista.

1.1. Formas de integración socioeconómica.

Polanyi identifica cuatro principales *formas institucionales de integración social* cuya influencia, peso y relación ha variado en las diferentes sociedades. En ellas se han “incrustado” a su modo, en general con un papel muy secundario el comercio, el mercado o el dinero. Esas formas de integración que organizan socialmente la actividad económica han sido la reciprocidad, la redistribución, la administración doméstica y el intercambio. Estas instituciones pueden formar parte tanto de “sociedades (...) unificadas [o] que están divididas entre dirigentes y dirigidos” (Polanyi, 1997: 97).

La primera de estas formas de integración social, la **reciprocidad**, establece un vínculo de don y contradón, previo reconocimiento –entre iguales, si hay simetría, o entre desiguales, si no la hay–, en general basado en la tradición o la costumbre, siguiendo el principio de que “lo que se aporta hoy será recompensado con lo que se recibe mañana” (Polanyi, 1997: 95).

La segunda, la **redistribución**, frecuentemente aplicada por alguna autoridad, e históricamente ligada a economías de gran escala, funciona bajo un principio de centralidad. Una

institución central guarda bienes fundamentales que garantizan la supervivencia o la cohesión social. Esta autoridad central suele abrigar y ordenar a la comunidad, muchas veces como hacienda o tesoro, de un modo bien jerárquico y/o bien, potencialmente, compensador. La autoridad redistributiva asegura algún tipo de reparto a posteriori de bienes previamente recaudados. En la redistribución, y, en ciertos tipos de mercado¹, puede funcionar algún sistema de regulación basada en equivalencias –que serían un sistema de valoración pactada de proporciones o medidas, o de precios justos, para la asignación o el cambio de bienes o servicios de manera no lucrativa-. No obstante, la redistribución también “puede disimular con frecuencia un cierto grado de explotación” (Polanyi, 1997: 97)

Diferentes a las pautas de integración anteriores, basadas en el status, encontramos el tercero de los modos de integración social. El **intercambio** maneja, bajo diferentes formatos, la lógica de la oferta-demanda-precio. El mercado puede requerir o no el comercio y el uso del dinero –es más, éstos precedieron al mercado y funcionaron sin aquel (Polanyi, 1994: 205)–, donde se describe un movimiento de bienes “entre dos puntos dispersos o fortuitos del sistema”. A este respecto, la lógica del lucro es accesoria o específica, en modo alguno universal, dado que ésta es sólo comprensible para la sociedad moderna. Si bien, en ésta el mercado ha alcanzado tal grado de autorregulación, a través de los precios, que otras instituciones gravitan sobre él.

Un cuarto principio es el de la **administración doméstica**, que consistiría en producir para uso propio. Puede atribuirse a una unidad autárquica que bien puede ser la familia, la aldea o la casa señorial. Polanyi considera que este principio no es más antiguo que la reproducción o la redistribución. A su juicio, “El salvaje individualista que cultiva y caza por su propia cuenta o la de su familia no ha existido jamás” (Polanyi, 1997: 98). Cuando así se ha querido describir el origen de la economía de mercado y se ha considerado natural su progreso hasta lo que conocemos hoy no debe entenderse más que como una proyección del presente hacia aquel pasado remoto (Polanyi, 1997: 84).

¹ “El término mercado no presupone necesariamente un mecanismo oferta-demanda-precio” (Polanyi, 1994: 207).

“Las actitudes personales individuales no consiguen tener efectos sociales en ausencia de las condiciones sociales necesarias. Sólo en un entorno organizado simétricamente derivarán las actitudes recíprocas en instituciones económicas de importancia; sólo donde previamente existan centros, puede la actitud cooperativa de los individuos producir una economía redistributiva; y sólo en presencia de mercados instituidos para ese propósito, la actitud trocadora de los individuos creará precios que integren las actividades económicas de la comunidad” (Polanyi, 1994: 112). Los móviles de la conducta de las personas han sido enormemente variables en cada época. Según Polanyi, los motivos pueden ser materiales o ideales. En cualquier caso, los incentivos sobre los que se organiza la vida diaria nacen de las necesidades materiales. Librada la humanidad de los temores y deseos impuestos por el hambre y las ganancias, en sociedades distintas a la de mercado, prevalecen otros móviles, tales como los religiosos, políticos –la costumbre, el poder, la ética- o bien estéticos; o, de otra parte, personales tales como el honor, el orgullo, el prejuicio, el amor o la envidia. “Entre estas motivaciones, el beneficio no ocupa el primer puesto” (Polanyi, 1997: 100). Identifica una conducta dominante, compartiendo con Max Weber afinidad en este punto, en virtud de la cual las personas instrumentalizan los diferentes recursos y relaciones para sostener o mejorar su posición social², encontrando al móvil económico sólo “su razón de ser en el marco de la vida social” (Polanyi, 1997: 89).

1.2. La emergencia de la economía de mercado. Potencia y límite de la aproximación polanyiana.

Polanyi constata que en la antigüedad la economía siempre estuvo insertada en la sociedad. Considera inaceptable moralmente, que la sociedad ahora se supedita a la economía de mercado. En su argumentación, al tratar de advertir sobre la desestructuración de las relaciones de las personas con su comunidad y la naturaleza (Polanyi, 2007: 213) llega a apuntar a cierta oposición entre economía y sociedad.

Desde nuestro punto de vista, ambas dimensiones representan dos planos complementarios de la misma realidad. La economía no es más que la forma que se dota la sociedad para resolver, con sus propias contradicciones, los asuntos materiales. No es que la economía ahora supedita a la sociedad, se oponga a ella o la destruya, tal y como llega a afirmar Polanyi. Lo que sucede es que las formas socioeconómicas han mutado y siguen unas reglas distintas a otros modelos anteriores. A nuestro juicio, esta escisión entre economía y sociedad, o, si se prefiere, entre economía y política, equivale a un ejercicio artificial, una divisoria confusa. No se trata

² “El hombre actúa, no tanto para mantener su interés individual de poseer bienes materiales, cuanto para garantizar su posición social, sus derechos sociales, sus conquistas sociales” (Polanyi, 1997: 87).

por tanto que un plano prevalezca sobre otro si no que un modelo de sociedad ha conformado un tipo específico de economía y que, a su vez, ha promovido determinadas formas de socialización revolucionando las conductas y relaciones humanas³. En términos marxistas, no es posible que el valor de cambio destruya el valor de uso, pues requiere de la existencia de productos útiles para su realización, pero está bien claro que esta relación entre haz y envés de un mismo fenómeno condiciona la forma, el contenido y el sentido del valor que se promueve en la sociedad. Se trata de una relación necesaria, como lo es también el vínculo entre sociedad y economía, condicionando este lazo a las formas sociopolíticas e institucionales de cada formación histórica.

Polanyi, según avanza la madurez de su obra, desarrolla planteamientos cada vez mejor elaborados, siendo consciente del papel de los sujetos sociales y, en particular, de las instituciones y la aparición del Estado⁴, o la presencia de la explotación y la relación salarial, en la conformación y desarrollo de una institución del mercado con componentes lucrativas, realizando una importante convergencia con la aproximación marxista, aún guardando diferencias.

Para el despliegue de la economía de mercado era preceptivo que la forma mercancía y el propósito lucrativo colonizaran las reglas de solución para los problemas materiales. Para que esto fuese posible tenía que preceder a ese desenvolvimiento una inmensa violencia y un fenómeno, a sus ojos, paradójico: la conversión de ciertos elementos básicos –tierra, trabajo y dinero– en mercancía, cuando su origen y condición natural les es ajena.

En su opinión, esta operación se funda en una ficción. Polanyi hace un ejercicio moral de denuncia de una supuesta imposibilidad. Dirá también:

“El trabajo es otra forma de llamar al hombre, así como la tierra es sinónimo de naturaleza. La ficción mercantil puso el destino del hombre y la naturaleza en manos de un autómatas que controlaba sus circuitos y gobernaba según sus propias leyes. Este instrumento de bienestar material estaba controlado exclusivamente por (...) el temor al hambre del obrero y el deseo de ganancia del patrón”. (Polanyi, 1994: 82 y 83). Las instituciones de la propiedad privada de los medios de producción o el sistema de salarios, en una economía de mercado, son los ejes gravitatorios de la sociedad (Polanyi, 1994: 121). “La autorregulación implica que toda la producción está destinada a la venta en el mercado y que todos los ingresos provienen de ella. Existen, en consecuencia, merca-

³ “Una economía de mercado únicamente puede funcionar en una sociedad de mercado” (Polanyi, 1997: 105).

⁴ “En realidad, reglamentación y mercados se desarrollaron juntos” (Polanyi, 1997:121). “Un mercado es un lugar de encuentro con fines de trueque o de compraventa. Si este modelo no existiese, aunque sólo fuese de forma local, la propensión al trueque dispondría únicamente para poder realizarse de un terreno insuficiente, de tal forma que no podría dar origen a los precios (...). El principio del trueque depende, para ser eficaz, del modelo de mercado.” (Polanyi, 1997:103) “El comercio interior ha sido creado en Europa occidental por la intervención del Estado” (Polanyi, 1997:113).

dos para todos los elementos de la industria, no sólo para los bienes (entre los que figuran siempre los servicios), sino también para el trabajo, la tierra y el dinero cuyos precios son determinados respectivamente precios de mercancías, salario, renta territorial o ‘renta’, e interés” (Polanyi, 1997:123).

Esta interpretación es análoga a la de Marx, salvo que aquel no calificaría esta mutación como ficción, y no admitiría la asimilación simple de trabajo y persona, o el uso de la tierra a la naturaleza, entre otras cosas. Siendo aquí donde radica realmente la diferencia de concepto entre ambos.

Polanyi afirma que el fenómeno del fetichismo descrito por Marx, en virtud del cual detrás de cualquier intercambio entre cosas se esconde una relación entre personas, no plantea correctamente esta ficción. Esta atribución, en nuestra opinión, no corresponde porque la ficción y el fetichismo refieren a fenómenos heterogéneos. Marx no sólo aborda la cuestión del fetichismo, que no es más que un plano de análisis de la mercancía. A este respecto, denomina *mercancías especiales* a las mismas que Polanyi llama ficticias, y se acerca a ellas con un razonamiento semejante, empleando una aproximación analítica aún más consistente.

La distinción entre ambos autores subyace en varios puntos. Polanyi afirma que trabajo y persona son inseparables, una unidad, y que por tanto las personas no pueden ser mercancías. En una sociedad capitalista, argumentará Marx, en cambio, no son lo mismo trabajador y su fuerza de trabajo. Sólo la fuerza de trabajo puede actuar como mercancía, pues el ser humano ya no es esclavo en el marco de una sociedad salarial. La relación estrecha entre persona y su fuerza de trabajo no puede conducirnos a confundir trabajo y fuerza de trabajo. Una equivalencia que originó David Ricardo, siguió Proudhon, y que arrastra también Karl Polanyi. Que el trabajo emane de la fuerza de trabajo y que ésta sea de las personas, no puede llevarnos a pensar que los tres fenómenos sean la misma cosa y operen en el mismo plano. En este sentido, el planteamiento marxista clarifica y rompe la crítica, diríamos más moral que práctica, de Polanyi a una supuesta imposibilidad de las denominadas mercancías ficticias. Las personas no son mercancías en el capitalismo. La fuerza de trabajo es su característica social de empleabilidad, que se alquila durante un tiempo de la vida al capital, una vez ins-taura la relación salarial y otras fórmulas de relación económicamente dependiente para explotar y dirigir la fuerza de trabajo disponible. Un producto de dicha fuerza laboral es el trabajo, que es, precisamente, el que origina el valor, referencia orientativa sobre la que orbitan los intercambios en una economía de mercado. En otras palabras, no son una ilusión estas mercancías ficticias, puesto que de facto ahí están. Tanto la fuerza de trabajo, la tierra, como el dinero actúan como mercancías en nuestra época.

Para Polanyi resulta insostenible, por insuficiente, la caracterización de los sistemas económicos apoyándose exclusivamente en la posición del trabajo, tal y como el marxismo, según Polanyi, se basó. Enfatiza una distinción con el paradigma marxista marcada por lo que obvia, según él, acer-

ca del papel de la tierra. En nuestra opinión, Polanyi destaca acertadamente dicho papel, pero ignora que Marx, aunque no dedicó apenas una pequeñísima parte de su obra a la cuestión, también consideró este factor⁵ como origen de la riqueza, algo anterior al origen del valor –que es producto de la conversión de la fuerza de trabajo, una característica de los y las trabajadoras, en trabajo efectivo–.

No hay una extensión ni mínima operatividad del mercado sin norma e institución que la abrigue. La política del Estado se encarga de hacer posible y, en parte, dar forma y viabilidad al funcionamiento de los mercados. Si acaso, regula estas mercancías que llama ficticias para que se comporten como mercancías normales, al mismo tiempo que protege el trabajo, la tierra y el dinero sin los cuáles no es posible una economía de mercado. La ficción fundacional, según este historiador, de estas mercancías radica en que su origen no está, ni puede estar, guiado por el objetivo de la venta. Su comportamiento como tal está forzado y se basa en una falsedad (Polanyi, 1997: 127).

Otra cosa muy distinta es que, por la naturaleza especial de estas mercancías, que reconoció Marx, la formación de sus precios tenga una dinámica propia más compleja y que no está sujeta exclusivamente a la ley del valor. Su formación se ve influida por factores preexistentes al trabajo socialmente necesario para su producción. Parte de su precio debe explicarse por la dinámica poblacional y de reproducción social, de la naturaleza y la propiedad de la tierra o el suelo⁶, o, en menor medida, de la disponibilidad de un bien válido como dinero y la política monetaria, respectivamente. Pero en estos asuntos Polanyi no profundiza en esta discusión ni puede hacerlo, pues se limita a señalar la paradoja sin desentrañarla.

Bien es cierto que la formación sociohistórica capitalista realiza un ejercicio político que violenta la condición del trabajo y de la tierra, y altera algunos usos del dinero. Obliga a la mayor parte de la población, desprovista de medios productivos, a disponer, preparar, mantener, adecuar y adaptar, para su alquiler, una capacidad humana como es su fuerza de trabajo, con el objetivo de rentabilizarla mediante un operativo explotador. Y también le aplica un tratamiento nuevo a la tierra, mediante un régimen de propiedad determinado, y

⁵ Marx, en su obra (vol 3. de *El capital* sobre “la renta territorial”), sí concibe la naturaleza y la conceptualiza adecuadamente, con pasajes escuetos aunque relevantes. Algunos autores han suplido las carencias de desarrollo a este respecto, como el español Jorge Riechmann (2006), o el belga Daniel Tanuro (2011), entre otros.

⁶ En lo que refiere al suelo, como expresión de la tierra ya dispuesta para ser aprovechada, podemos afirmar que “el ‘espacio’ no es estrictamente una mercancía pues no se produce por el trabajo, si bien tampoco puede generar rentas o precios sin él (...) y la dinámica consiguiente de intercambios y realización rentable. Ni la propiedad del suelo ni el territorio en sí generan valor, pero sí pueden obtener un precio o una renta. (...) En su precio debe contemplarse que sí se ha generado en unas determinadas condiciones de producción y por tanto, incorpora un valor. Pero cualquier vivienda u oficina incluye en su precio lo que ‘costó adquirir’ el suelo. (...). Las rentas del suelo (...) es un coste que resta el capital, y forma así la renta en cuestión (en forma de precio del suelo o renta por arrendamiento) que se va formando en función de las condiciones de significación socioeconómica de la localización. En suma, no queda al margen del proceso del capital” (Albarracín, D.; 2007:71).

un modelo de aprovechamiento hasta el agotamiento, iniciado por los cercamientos que señala Polanyi. Sin estas operaciones jurídico-políticas no sería posible la relación salarial y la relación del capital.

Polanyi, advierte que la destrucción social puede darse, porque “la pretendida mercancía denominada ‘fuerza de trabajo’ no puede ser zarandeada, utilizada sin ton ni son, o incluso ser inutilizada, sin que se vean inevitablemente afectados los individuos humanos portadores de esta mercancía peculiar” (Polanyi, 1997: 129). Pero, el dominio y explotación que hace el capital de la fuerza de trabajo aún afectando gravemente la vida de los y las trabajadoras, no es sinónimo de destrucción de la sociedad –como también afirman Liria y Alegre en este número (2012)-, aunque, claro está, sí cause una fuerte alteración de los vínculos sociales para que sean funcionales a la reproducción del capital.

Que exista una enorme remodelación social, incluso con efectos que podemos calificar de “diabólicos” (Polanyi, 1997: 129), no equivale a una destrucción. Si no, si acaso, una transformación, que sólo es sensible a las necesidades en función de que se puedan expresar solventemente. La denuncia redundante en un reclamo moralista, incapaz de dar inteligibilidad a las formas sociales que, de facto, tienen lugar, por poco agradables que nos parezcan.

En suma, dicha constatación, que porta una apuesta por “el lado bueno” de la economía de mercado, la de la protección que entraña la composición social de las instituciones, parece aceptar que el estiramiento de este lado es suficiente para restaurar la sociedad bajo mejores principios comunitaristas. Esta aproximación, en gran medida, ofrece dificultades para comprender el vínculo entre los dos planos de un mismo fenómeno, producción y reproducción social capitalistas, economía y sociedad, valor de cambio y valor. Cualquier propósito transformador de fondo no puede ampararse en quedarse con la cara o con la cruz de una moneda. Debería intentar cambiar lo sustancial: cambiar la relación entre ambos planos hasta modificar la naturaleza del modelo sociopolítico y, por tanto, económico. Tampoco conviene el reduccionismo de identificar lo económico con lo crematístico o el mercado. El modo social de resolver los asuntos materiales tiene lugar en la articulación concreta de las diferentes formas de integración social y, de haberlo, la naturaleza del mercado depende de las instituciones que lo regulan.

2. Las ondas largas de la acumulación capitalista y la producción de su modo social

En lo que sigue vamos a indagar en una lectura de la crisis capitalista que articula ambos planos y para ello emplearemos, fundamentalmente, el modelo que fue desarrollado por el economista marxista Ernest Mandel (1972). Con este enfoque estudiaremos la historia capitalista reciente, periodo que no trabajó Polanyi. Plantearemos asimismo una revisión que mejore el modelo de las ondas largas de Mandel.

El despliegue capitalista impone, se sustenta y se apropia de la riqueza del planeta y del valor del trabajo en un contexto social, histórico y político concretos. Desde su instauración como forma institucional dominante hace ya más de dos siglos, se han extendido las instituciones del Estado burgués y la lógica de la mercancía, siendo el ciclo de acumulación del capital la dinámica económica prevalente que empuja a una producción incesante.

La acumulación capitalista se concibe como *modo de transformación social y técnica de la naturaleza para la obtención de producción rentable*. Las condiciones de sostenibilidad de la existencia social sólo se satisfacen en tanto que reproduzcan la fuerza de trabajo como mercancía. No tienen como objetivo mejorar las condiciones de vida por sí mismas. Es insensible, o hace funcional para el dominio social, la miseria y el olvido de amplias capas sociales no empleables por el capital, la pobreza de amplios segmentos de población, la sobrecarga de las tareas de mantenimiento y reproducción social sobre las familias y las mujeres, y se funda en la falta de libertad del salariado para gobernar su existencia al empujarle a vender su fuerza de trabajo (López, 2012, en este número). Al tiempo, el mecanismo de producción y distribución capitalista se orienta a colmar el deseo opulento y ocioso de las clases dominantes y solventes o a excitar las ansias de consumo al promover una integración social por el camino sin fin hacia el promocionismo y la búsqueda de apariencias, en una dilapidación de recursos extraordinaria que no atiende necesidades sociales que no comporten ingresos económicos.

En este contexto, se extraen recursos naturales, más allá de los márgenes de renovación de los ecosistemas, apropiándose y alterando la vida en el medio planetario, y generando residuos y una huella ecológica de impacto irreversible y peligroso para las condiciones de habitabilidad y la viabilidad de las especies vivas. Desde el origen del capitalismo éste ha sido su carácter. En el siglo XIX causando miseria, la emigración del campo a la ciudad, y las condiciones deplorables de vida, mediante un sistema que arrojaba a la libertad para escoger entre morir de hambre o trabajar penosamente.

Avanzado el siglo XX las repercusiones, dramáticamente, se mundializan. En el siglo XXI se han quebrado líneas clave para la vida, alterando el clima; agotando la energía y materias primas basadas en los yacimientos fósiles (carbón, petróleo, etc...), enfrentándose a una obligada transición energética en la que el capital pretende rentabilizar la carestía de las viejas energías, monopolizar las energías renovables, y desarrollar las centrales térmicas de ciclo combinado, los agrocombustibles y las centrales nucleares como huida hacia delante; causando una extinción acelerada de especies comparable a épocas geológicas de grandes desastres; contaminando ecosistemas y atmósfera, y ocasionando la desertización del suelo hasta ahora fértil y de los océanos; agotando el agua potable disponible; y generando crisis alimentarias crecientes.

El capitalismo es, ante todo, un *modo político y social de “producción”*, cobrando forma en su dimensión económica, instaurando un conjunto de instituciones y privilegios para

una minoría: la propiedad privada de medios de producción, la herencia, el Estado-Nación burgués, garante del funcionamiento capitalista de los mercados; la sociedad anónima por acciones; y los mercados financieros organizados y las regulaciones que flexibilizan la movilidad de los capitales. Como modo de producción social, extiende la **relación salarial** como vínculo social de desigualdad básico, por el cual es posible dominar al conjunto de la población sin medios de trabajo propios. Con la definición de las regulaciones laborales y el dominio de la organización del trabajo por parte de la burguesía y sus representantes, se culmina el control de las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo. Asimismo, la dominación se acentúa con la concentración de los medios de comunicación e influencia social e ideológica en manos de aquellos afines al poder.

Una vez construido el marco de relaciones de poder sociopolítico –relaciones sociales, jurídicas e institucionales–, la burguesía emprende el **ciclo de acumulación del capital**, en el que interactúa la competencia entre agentes capitalistas. El ciclo del capital, que no contempla los límites que no conciernen a los costes medidos en término de precio, está sujeto a los factores históricos, políticos, sociales, económicos y técnicos que determinan su curso, pero a partir de ahí sigue una inercia con lógica propia. En suma, esta dinámica de acumulación desenvuelve la lógica de la producción –adquisición de la riqueza del medio natural– y de la apropiación del valor.

Una aportación fundamental de Mandel (1972) es el análisis de la dinámica de la acumulación, orientada a largo plazo por la tasa de ganancia. La dinámica describe ondas largas expansivas y depresivas a su vez condicionadas por disputas sociales y políticas y posibles contratendencias (Albarracín, J.; 2010) que determinan la tasa de explotación o plusvalor –como factor distributivo– y la composición orgánica del capital –como factor sociotécnico–, fundamentales para establecer la tasa de ganancia.

En la amplitud de aquellas ondas largas de acumulación también se observan ciclos con duraciones más cortas. Mandel estudió también esas oscilaciones, tales como los ciclos industriales periódicos de duración breve –resultado de la oscilación de la oferta y demanda agregadas y de la acumulación de existencias (Shaikh, 2011)–, como los de medio plazo –resultado de fluctuaciones generadas por la dinámica de la industria pesada y el capital fijo, y el desfase con el despliegue de la industria ligera–.

Las **ondas largas** no operan de manera mecánica, pues su inauguración y forma de desarrollo están jalonadas por luchas de clases a diferentes niveles –políticas, ideológicas, organizativas, sociales, laborales, etc...-. En otras palabras, la configuración de un marco político, social, técnico e internacional tenso, construido por los sujetos sociales de cada época y país. Su dinámica también responde a una tensión de factores codeterminados por todo lo anterior y de naturaleza social, técnica y económica, y que van a verse reunidos en la relación entre la tasa de plusvalor y la composición orgánica del capital [la tasa de rentabilidad = $t.p./c.o.c.+1$].

Los ciclos de acumulación del capital están orientados fundamentalmente por la tasa de rentabilidad. En la historia del capitalismo se han descrito diferentes etapas para el desarrollo de los ciclos de acumulación, configuradas en el contexto sociopolítico de las *luchas de clases* y situaciones de tensión internacional –guerras, alianzas diplomáticas, movimientos de liberación, etc.-; de la primacía de ciertas potencias hegemónicas; de determinada división del trabajo internacional; de la orientación concreta de las políticas económicas de los Estados; de la conformación, ordenamiento y amplitud de los mercados y de las formas competitivas de distinta naturaleza y de diferente escala; sobre los diseños tecnológicos, de organización del trabajo, de estructuras empresariales, de bases energéticas y de materias primas accesibles y propios de un proceso de producción de mercancías en la época, de formas de consumo, etc....

Las tres primeras ondas largas completadas su duración aproximadamente coincidió. Se iniciaron con un periodo de prosperidad de unos 25 años para luego entrar, abocados de manera endógena, en un periodo de declive de un tiempo similar. Sin embargo, el paso de una fase depresiva a otra de prosperidad requirió de cambios sociales y políticos de gran magnitud, de circunstancias extraeconómicas, para restablecer la tasa de rentabilidad que sostuviese de manera vigorosa la acumulación.

La *primera onda larga* transcurrió en la primera mitad del siglo XIX, en la que Inglaterra sustituyó a Francia como potencia hegemónica. Las nuevas instituciones burguesas y relaciones capitalistas deglutían los espacios perdidos por el Antiguo Régimen feudal y devastaban formas pretéritas de producción, y la tecnología dominante se basaba en la manufactura y en el carbón. Desencadenando la primera Revolución Industrial, se encontró en el declinar de la onda con la derrota de la vieja nobleza y el campesinado y el incipiente proletariado empobrecido y a pesar de los ciclos de movilización internacional –explosivos, dispersos y fuertemente reprimidos– como el que se produjo en torno a 1848 con la Primavera de los Pueblos. Los amplios mercados por descubrir facilitaron nuevas condiciones de desarrollo rentables.

La *segunda onda larga*, en la segunda mitad del siglo XIX, encontró, una vez abiertos nuevos mercados y la extensión del imperialismo, en la máquina de vapor, la siderurgia y la electricidad y todas las condiciones de la II Revolución Industrial, un nuevo motor de expansión. Las organizaciones sociopolíticas antagonistas, principalmente el movimiento obrero capitaneado por la I Internacional, no pudieron impedirlo –a pesar de las experiencias, entre otras, de la Comuna de París en 1871–, dado que éste abrazó finalmente las banderas nacionales y se orientó hacia reclamaciones moderadas. También se dividió, viéndose reprimidas las fracciones radicales. En su fase depresiva la apertura y construcción de más mercados mundiales brindó nuevas condiciones de ascenso.

La *tercera*, en la primera mitad del XX, apoyada en el empleo masivo del petróleo, el plástico, el taylorismo y las grandes compañías corporativas, empujó su fase de auge.

Pero con ello acrecentó la saturación de los mercados nacionales e intensificó la lucha imperialista por los territorios a nivel mundial, vio sacudidas sus estructuras con la crisis del 29, y enfrentó a la humanidad a dos grandes y mortíferas conflagraciones mundiales, abriendo las costuras del futuro. En aquel periodo se abrieron opciones para regímenes alternativos, y el movimiento obrero conquistó Estados, libró guerras civiles, y realizó revoluciones, posteriormente acosadas, degeneradas y burocratizadas, y la mayoría fracasadas y agotadas tras varias décadas de pervivencia. También, producto de aquellas luchas y politización organizada del movimiento obrero, en los nuevos regímenes y en los propios Estados capitalistas, fue posible introducir significativas políticas sociales, derechos y salarios indirectos complementarios entre la clase trabajadora de occidente.

La *cuarta onda larga*, o *capitalismo tardío*, se inauguró sólo tras un enorme sacrificio social y político. Para elevar la tasa de rentabilidad e iniciar un nuevo periodo de acumulación tuvo que atravesar un largo periodo de fascismos, políticas restrictivas y proteccionistas, y una II Guerra Mundial genocida, que supuso un ascenso formidable de la tasa de explotación y una destrucción de aparato industrial importantísimo, abriendo la oportunidad capitalista a la reconstrucción y la aplicación de tecnologías, como la microelectrónica, la robótica o –después– la telemática, o materias primas como las fibras sintéticas, o nuevas sistemas de extracción energética, como la nuclear, la llamada III Revolución científico-tecnológica, en un nuevo contexto rentable, donde el mercado ya abarcaba más de medio planeta, que en otras condiciones se habrían demorado en generalizar.

Tras 1973 esta onda larga (Albarracín, J.; 2010) entró en su periodo de ralentización, viendo como se generalizaron las políticas neoliberales, que sustituirían a las políticas keynesianas del bienestar de posguerra –posibles por la existencia de un bloque de países no capitalistas, y por la integración e influencia del movimiento obrero en occidente–. Dichas **políticas neoliberales**, hoy hegemónicas, han incidido en la mitificación del mercado y promovido su funcionamiento sin corsé a escala de bloque internacional –en un grado de desarrollo en el que el análisis de Marx cobra un sentido aún más apropiado que en la época en la que planteó su reflexión–, el papel de regulación flexible del Estado, el retroceso de los servicios públicos y las políticas sociales, el ajuste salarial, la precarización de las condiciones laborales, el desarrollo de las empresas-red transnacionales, o la orientación neotaylorista flexible –la llamada producción ligera– en la organización del trabajo.

2.1. Revisando la teoría de las ondas largas.

La aportación novedosa de Mandel (1980) fue el análisis del curso de la cuarta onda larga y la correcta previsión de la crisis de los años 70. Si bien su prospección posterior fue menos acertada. Tras la crisis de rentabilidad de los 70 y la

reestructuración industrial de los 80, a mediados de los 90 la tasa de beneficio asciende significativamente, hecho no previsto por el economista belga, como otras transformaciones que si acaso sólo pudo intuir.

En este complejo contexto, en la fase neoliberal (Katz, 2011), la concurrencia capitalista se transnacionaliza, se conforman grandes mercados regionales y los organismos comerciales y financieros internacionales adoptan un papel creciente para imponer las políticas de ajuste social y liberalización económica. Se relocalizan las fases extractivas e industriales a países semiperiféricos emergentes, donde se destinarán crecientemente las inversiones –adquiriendo la riqueza y el valor del trabajo de otros países en desarrollo, a bajo coste, sin crear nada nuevo (Harvey, 2004)–, mientras el tejido productivo se reestructura y se racionalizan costes en los países centrales. Coadyuva a todo esto el papel ascendente de las finanzas, que concentran ahora el vector de poder y toma de decisiones clave. En la actualidad, la gestión neoliberal, conjuga Estado y Mercado para la reordenación y liberalización capitalista de las finanzas, la producción y la distribución en mercados finalistas, afrontando una crisis del sistema económico capitalista sin parangón, que amenaza las condiciones de existencia de los y las trabajadoras y las condiciones de habitabilidad planetarias.

Se abre el debate sobre si aún nos encontramos en un final de esta última onda larga. Cuanto menos, en los países centrales cabría señalar que esta sería más larga que las otras, y habría entrado en su fase agónica. Pero las metamorfosis acaecidas son sustanciales, y el análisis exige mayor cuidado. La controversia no está cerrada, por las transiciones y cambios abiertos de carácter incierto, no obstante, no permiten afirmar la inauguración de una nueva fase ascendente, pero tampoco descartarla. Al menos no respecto a ciertas áreas emergentes –que en cualquier caso, sólo pesan el 18% del mercado mundial, y no están en condiciones de sustituir aún a las potencias clásicas–. Además, autores de diversa procedencia, discuten el esquema de interpretación (al negar los ciclos largos), y otros, aceptándolo, consideran que podríamos haber inaugurado una nueva onda larga (Katz, 2011).

Es cierto que el esquema de Mandel debe mejorarse en algunos puntos. Es preciso ampliar el espectro del análisis a nivel mundial, porque no se presentan sincronicidades en cada área regional, ni ritmos iguales en función de la posición en la división internacional del trabajo. Parece comprobarse que, a pesar de que puedan calcularse medias, en la práctica se dan una multiplicidad de tasas de rentabilidad (Albarracín, D.; 2010). Aún cuando sigan tendencias semejantes éstas se mueven en escalones diversos. La tendencia a la igualación de las tasas de rentabilidad entre sectores y economías no es automática ni inmediata, está canalizada por circunstancias de cada área regional, las bases institucionales de cada formación sociohistórica, y la definición de dimensiones diversas. No es la misma la tasa de rentabilidad del capital transnacional que del local, del centro o la periferia o de las diferentes semiperiferias (emergentes o en declive), la de las grandes

corporaciones que de las Pymes. Es más, cabe señalar que la tendencia a la igualación sólo es una buena hipótesis, en tanto que durante periodos considerables puede haber situaciones divergentes, tal y como posiblemente se esté produciendo si comparamos con países como China, Rusia, Brasil, etc. y los países de la Triada (EEUU, UE, Japón). Los aparatos estadísticos disponibles, en cualquier caso, son inexistentes o inadecuados para lograr una aproximación a una tasa (o tasas) de beneficio mundial.

Por otro lado, Mandel sólo pudo observar lo que sería un incipiente fenómeno, y en sus esquemas no cobrarían la importancia que al final han alcanzado. Autores como Jesús Albarracín (2010, e.o.1991) anticiparon la hipertrofia financiera y sus consecuencias. El fenómeno de la financiarización, aunque se originaría en la posguerra mundial, sólo cobraría una envergadura inusitada en los últimos quince años.

Ha sido recientemente cuando diversos autores han dado cuenta de mejor manera el papel de este fenómeno y engarzado debidamente con el modelo de las ondas largas. Entre otros, Anwar Shaikh (2011) analiza cómo el indicador concreto que dinamiza la acumulación es, más concretamente, la *tasa de beneficio de las empresas*. Ésta se caracteriza como la diferencia entre la tasa de ganancia general obtenida por las sociedades no financieras –que actúan como capital activo– menos la tasa de interés de su capital social –que es, en suma, lo que remunera al capital financiero, que opera como capital pasivo–.

Shaikh estudia la última onda larga, para acabar comprobando la evolución de los diferentes factores que la determinan. No bastaría con indagar los componentes globales de la tasa de rentabilidad, sea bien, en suma y *grosso modo*, la tasa de explotación, en el numerador, o la composición orgánica del capital, en su denominador. Es preciso un análisis más fino, según este autor, al establecer la relación entre tasa de rentabilidad y tasa de acumulación.

Shaikh descubrió desfases entre ambas variables, aún constatando su correlación. Por ejemplo, no bastaría una caída de la tasa de rentabilidad para que empezase a descender la tasa de acumulación, también ha de producirse una caída en la masa de beneficio global. A su vez, la tasa de beneficio que orienta la inversión es la que toman en cuenta las empresas, y no la tasa de ganancia general (que sumaría los beneficios brutos empresariales –el rédito del capital activo–, más los intereses que obtienen del capital financiero). La tasa de beneficio de las empresas –o tasa neta de ganancias– recoge la diferencia entre la tasa de beneficios antes de impuestos e intereses y lo que le resta la tasa de interés que han de devolver al capital financiero, siempre midiéndolas en términos reales, descontando la inflación.

A este respecto, la tendencia a la caída de la tasa de ganancia que condujo a la crisis de los años 70 se interrumpe a partir de los años 80 por varios factores de naturaleza sociopolítica, cuya orientación obedece a una derrota del movimiento obrero y una reconfiguración de las clases dominantes. Estos

ocasionan una contratendencia, no sin acumular nuevas contradicciones que son las que ahora están manifestándose.

En primer lugar, la tasa de explotación, merced a las políticas neoliberales, empezó a crecer desde aquella década de los 80. El salario real por hora perdió el ritmo seguido por la productividad horaria del trabajo desde entonces. Esto, que conllevaba consecuencias recesivas, al contener la capacidad adquisitiva, en medio de una racionalización productiva y paro crecientes, se compensó con el descenso de los tipos de interés⁷. La caída paulatina e intensa de los tipos, también desde los años 80, ocasionó que las inversiones eran más fáciles y baratas de financiar, y que el consumo recobrase protagonismo. El tipo de beneficio de las empresas ascendió prácticamente a los niveles de posguerra al comenzar el nuevo milenio. La rentabilidad bruta de explotación era mayor al moderarse los costes laborales, y las tasas de interés eran bajas, por lo que, durante un largo tiempo, la financiación generaba unos servicios de la deuda asumibles.

Pero la contradicción acumulada en el tiempo se intensificó. El apalancamiento de las empresas y el endeudamiento familiar se multiplicaron. Por último, las tasas de interés llegaron a su nivel más bajo, próximo a cero, siendo imposible bajarla más. La trampa de la liquidez, en su día anunciada por Keynes, se extendió en la economía haciendo ineficaz cualquier política monetaria. El crecimiento del apalancamiento empresarial alcanzó tales proporciones que los servicios de deuda se incrementaron tanto que empezaron a drenar sustancialmente los beneficios de explotación. El crecimiento de la deuda, sobre todo la hipotecaria, de la población asalariada supuso que la capacidad de consumo se resintiera. De tal modo que la tasa de ganancia neta de las empresas desde 2007 se erosionó y algunos segmentos del tejido empresarial quebraron; y una buena parte del sistema financiero privado, inmerso en una titularización masiva cuyo rédito dependía de unos beneficios futuros cada vez más inciertos, empeoró gravemente sus ratios de solvencia.

Las políticas públicas aplicadas, buena parte de ellas desplegadas desde las instituciones europeas, han escogido enfrentar esta severa crisis de solvencia empresarial, con una combinación de medidas que conjugaban el ajuste salarial y laboral, el recorte de los salarios indirectos, la disminución de los costes de los servicios públicos y su privatización, con el rescate a las empresas privadas –mediante subvenciones– y la desfiscalización del capital –mediante desgravaciones, deducciones y caída de tipos impositivos–. El resultado ha causado una crisis fiscal sin precedentes, que a su vez ha generado un déficit público y un endeudamiento de los Estados cada vez mayor, originada en una operación de con-

⁷ “La tasa de ganancias general fue resucitada de su largo declive con un ataque concertado contra los trabajadores que hizo que los salarios reales después de 1982 crecieran mucho más despacio que en el pasado. (...) La tasa de interés cayó radicalmente después de 1982. (...) El efecto neto de estos dos movimientos sin precedentes históricos fue elevar de manera muy significativa la tasa de beneficio de empresa. Este es todo el secreto del gran boom que comenzó en los años 1980” (Shaikh, 2011: 8).

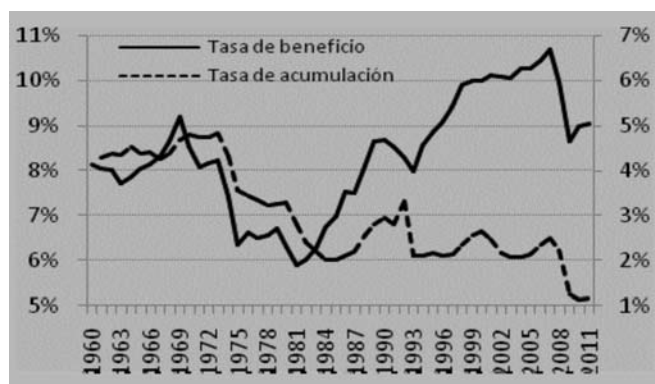
versión de la deuda privada en pública, en un nuevo formato y episodio de socialización de pérdidas a gran escala. El resultado al que asistimos se refleja en que el estancamiento se vuelve recesión, y ésta en algunos países periféricos depresión, y mientras una fracción oligárquica del capital resiste y blinda sus privilegios, una parte del tejido productivo cierra y el paro rebasa niveles históricos.

2.2. Un final de onda agónico y singular. Sobreproducción y Financiarización

Como hemos visto, en el debate de los últimos años ha cobrado un enorme protagonismo el fenómeno de la financiarización, a su vez interpretado y concebido en múltiples modos⁸. La crisis de los años 70 podría caracterizarse como una crisis de sobreproducción, en suma una crisis de la tasa de rentabilidad. Cabría esperar una transición endógena de una fase expansiva a otra depresiva. Sin embargo, este último periodo ha sido un tanto extravagante.

En primer lugar, no se asistió a una caída de la tasa de ganancia, puesto que desde mediados de los 80, no dejó de recuperarse, lo contrario de lo previsto. A su vez, se distanció la correlación histórica entre tasa de rentabilidad y tasa de acumulación (Husson, 2009), pues mientras la primera imprimía una remontada, la segunda marcaba una pauta rampante. Diversos economistas han advertido el papel de sustracción rentista del excedente, muchas veces en forma de capital ficticio, que inhibe un trasvase a las nuevas inversiones, cortocircuitando la acumulación (Álvarez, 2012b).

Tasa de beneficio (Índice 2000=100) y tasa de acumulación (%), total economía, 1960-2011, UE-12.



* La tasa de beneficio (reflejada en el eje izquierdo) se define aquí como los beneficios netos sobre el stock de capital neto. La tasa de acumulación (eje derecho) se define como la tasa de crecimiento del stock de capital neto constante total.

Fuente: Nacho Álvarez (2012b) en base a AMECO

Se estaba presenciando una metamorfosis, que si bien no era nueva en la historia económica (Arrighi, G; 1999) sí cobraba unas proporciones inéditas. El capital se reordenaba internamente y las instituciones que lo abrigaban mutaron profundamente. El papel del sector público se modificó para asistir más decididamente al capital privado, se privatizaron las empresas públicas, el sistema financiero se desreguló, y el derecho mercantil tomó primacía frente al derecho laboral, surgiendo la empresa-red y desplegándose una economía transnacional con instituciones continentales (UE, TLC, ASEAN, Mercosur, Unasur, etc...) e internacionales (OMC, BM, FMI, etc...).

El capital, en la fase actual, tomaría una forma de desarrollo ultraimperialista (Katz, 2011), distinta a la que tuvo antes de la II Guerra Mundial. Se internacionalizó y los diferentes segmentos capitalistas de naciones de origen cada vez más diversos llegaron a niveles de interrelación y asociación nunca vistos. Los intereses del capital industrial y comercial se entrelazaron con el del capital financiero, cobrando éste último cada vez más protagonismo. Aquí resulta imprescindible una serena reflexión para interpretar el fenómeno.

Tal y como Álvarez apunta en lo que será su tesis doctoral (Álvarez, 2012), Marx (1987) divide al capital en tres categorías. La primera el capital industrial su vez dividido en sus tres formas funcionales: capital dinerario, productivo y mercantil, siguiendo el esquema del ciclo D-M-P-M'-D'. La segunda, el capital comercial, fracción encargada de la realización del valor (D-M-D'). Finalmente, el capital financiero, que sigue el esquema D-D', fracción que financia la producción y la realización. El capital comercial y el financiero son esenciales para la circulación del capital y el proceso de acumulación, pero no crean valor nuevo.

El capital financiero puede, en cierta medida y durante un tiempo, seguir una dinámica relativamente autónoma respecto del ciclo completo de la producción y realización. El capital financiero adoptaba antes únicamente las formas de préstamo bancario, emisión de obligaciones u otros títulos de deuda. El capitalismo moderno habría conseguido a continuación, tal y como advertiría en su día Hilferding (1910) una mayor liquidez para el capital financiero mediante instituciones tales como la sociedad por acciones, los mercados de valores y financieros. Esto habría permitido que en el capital financiero convergiera tanto el capital prestamista y el capital de los tenedores de diferentes tipos valores incluyendo, por tanto, las acciones. Se acentuaría la distinción de la función de la gerencia de la posesión del capital. La ganancia financiera, siguiendo un esquema rentista, se apropia así de una porción del excedente extraído por el capital industrial al mundo del trabajo. El dividendo, de este modo, se muestra como una subdivisión más del interés en virtud del cual el capital financiero se apropia del excedente, sin crearlo, y distinguiéndose del papel activo de la inversión productiva y la realización comercial.

Un resultado para el capital financiero es la "facultad que tiene esta categoría del capital para crear activos financieros

⁸ Algunos autores, también han relativizado su papel (ver Astarita, 2009 o Tomé, 2010)

sin contrapartida real” (Álvarez, 2012: 10), al separarse la propiedad del capital y su función de producción, haciendo posible un *capital ficticio* –una ficción distinta de la que habla Polanyi–. La titularización financiera (obligaciones, bonos, acciones, etc...) conformaría derechos sobre la valorización futura de un capital productivo, que puede dar lugar a precios actuales de dichos títulos con un valor discrepante al descuento de pagos asociados a la valorización que finalmente vaya a producirse. Parte de este capital está abocado a destruirse en el actual contexto de hipertrofia financiera.

La oposición de las diferentes categorías del capital en la fase actual adoptaría una forma menos problemática como consecuencia de la interpenetración entre banca e industria, de la propiedad de los mismos capitalistas de acciones en diferentes segmentos y empresas, y la formación de monopolios. De tal modo, que las viejas disputas “internas” entre fracciones y propietarios de diferentes capitales, se aminoraría, pasando la tensión a una nueva dimensión: las dificultades de la dinámica capitalista para revitalizar la acumulación, y a trasladar la competencia a escala mundial. La masa de propietarios desempeñaría un papel pasivo que se focalizaría, en forma tenedora de bonos, obligaciones o acciones, en la apropiación del excedente creado en la producción y la comercialización y trayendo una parte creciente en detrimento de las condiciones de renovación del ciclo del capital y aumentando las tensiones sociales y laborales, de donde emanan el valor, y las ecológicas, base de toda riqueza posible.

Lo novedoso de la actual fase habría consistido, hasta 2007, en la capacidad del “capital financiero para ampliar el ciclo de valorización del capital y, con ello, para postergar la crisis, [lo que] está detrás de la propia tendencia del sistema capitalista al sobreendeudamiento” (Álvarez, 2012:8).

A este respecto, si este mecanismo ha sido capaz de prolongar en su momento la acumulación, con el anabolizante de las deudas, también ha empezado, desde 2007, a ocasionar el efecto inverso una vez se ha agotado su influencia positiva. Cabe afirmar que la crisis en curso responde no sólo, y no primordialmente ahora, a una crisis de rentabilidad clásica, sino más bien al detrimento brutal que sobre el excedente causa el apalancamiento generalizado de la economía, producto de una suma de deudas, fundamentalmente privadas, formidable, ocasionando, cuanto menos en los países centrales, una severa crisis de acumulación y una fase de decadencia en el contexto capitalista mundial. Es por lo que cabe hablar de una fase de crisis de la última onda larga que complejiza la crisis originaria de sobreproducción, a la que se responde con una crisis de desinversión y desacumulación relativas y una crisis de las finanzas, o, valga decir, una “crisis de sobreproducción hiperfinanciarizada”.

Finalmente, los Estados intentan rescatar al sector financiero por sus riesgos de insolvencia, a cargo del erario público y sacrificando la población, y se presiona a una contraproductiva política permanente de ajuste. Con ello se inaugura una etapa de mayor austeridad, de retroceso de lo público y de recortes salariales.

La fase contemporánea del capitalismo está abocada a una degradación inequívoca de las condiciones de existencia social y para la vida en general. La burguesía, aún cuando lograse una victoria y fuese capaz de inaugurar una nueva onda larga expansiva, imposible sin grandes conflictos, estaría abocando a la humanidad y el planeta a una degradación ecológica que amenaza la vida en sí y a la propia especie. El conjunto de contradicciones y crisis sistémicas ahora exponen sus consecuencias y conflictos más duros. La historia no está escrita. Los sujetos antagonistas deben levantar resistencias y alternativas políticas decisivas para librar una batalla enconadísima. Precisamente, a esta misma conclusión se llega igualmente tanto desde el enfoque polanyiano como marxista.

3. Bibliografía

- AGLIETTA, M. (1998): *Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de EEUU*. Siglo XXI.
- ALBARRACÍN, D. (2007): “Una aproximación a la cuestión socioeconómica de la vivienda: categorías teóricas y coyuntura empírica”, *Viento Sur*, pp. 65-80.
- ALBARRACÍN, D. (2010): “Capitalismo tardío, ¿quo vadis? Cuestiones en litigio para la teoría de las ondas largas”, *Viento Sur*, 110, mayo 2010.
- <http://www.vientosur.info/documentos/Quo%20Vadis.pdf>
- ALBARRACÍN, J. (2010): *La crisis de la economía de mercado*. Maia Ediciones.
- ALBARRACÍN, J. y MONTES, P. (1996): “El capitalismo tardío: la interpretación de Ernest Mandel del capitalismo contemporáneo”. Ponencia presentada en el Centro de Estudios Ernest Mandel. Instituto Internacional de Investigación y Formación de Ámsterdam.
- ÁLVAREZ, N. et al (2009): *Ajuste y salario. Las consecuencias del neoliberalismo en América Latina y Estados Unidos*. Fondo de Cultura Económica.
- ÁLVAREZ, N. (2012): *Financiarización, nuevas estrategias empresariales y dinámica salarial: el caso de Francia entre 1980-2010*. Mimeografiado. Borrador Tesis Doctoral.
- ÁLVAREZ, N. (2012b): “La financiarización de las relaciones salariales en la zona Euro”. A publicar en un libro colectivo próximamente en La Catarata.
- ARRIGHI, G. (1999): *El largo siglo XX*. Akal.
- ASTARITA, R. (2009): *El capitalismo roto. Anatomía de la crisis económica*. La linterna sorda.
- ESTRADA, B. et al (coord.) (2011): *Frente al capital impaciente*. Fundación 1º de Mayo.
- FERNÁNDEZ, R. (2003): *Capitalismo (financiero) global y guerra permanente*. Virus Editorial
- HARVEY, D. (2004): “El nuevo imperialismo: Acumulación por desposesión”. *Socialist Register*
- HILFERDING, R. (1963, e.o.1910): *El capital financiero y las crisis*. Tecnos.
- HUSSON, M. (2009): *Capitalismo puro*. Maia Ediciones.
- KATZ, C. (2011): *Bajo el imperio del capital*. Espacio crítico ediciones. Argentina.
- KRUGMAN, P. (2000): *El retorno de la economía de la depresión*. Editorial Crítica.
- MANDEL, E. (1999, e.o. 1972): *Late capitalism*. Verso Classics
- MANDEL, E. (1980): *Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista*. Siglo XXI.
- MATEO, J.P. (2010): “La financiarización como teoría de la crisis en perspectiva histórica: nada nuevo bajo el sol”. Comunicación en *XII Jornadas de Economía Crítica*, Zaragoza.
- MATEO, J. P.y MOLERO, R. (coords.) (2010): *Otra teoría económica es posible. Ensayos críticos de economía política*. Ed. Popular, Madrid.
- POLANYI, Karl (1994): *El sustento del hombre*. Biblioteca Mondadori
- POLANYI, Karl (1997): *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. La Piqueta.
- RIECHMANN, J. (2006): *Biomímesis*. Los Libros de la Catarata, Madrid.
- SHAIKH, Anwar (2011): “La primera gran depresión del siglo XXI”. Sin Permiso, 9. www.sinpermiso.info. Ver más en: <http://homepage.newschool.edu/~AShaikh/>
- TANURO, Daniel (2011): *El imposible capitalismo verde*. La oveja roja. Viento Sur